



Comentario bibliográfico

Camarero, Hernán: *Tiempos rojos: El impacto de la Revolución rusa en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.*

Walter L. Koppmann

Universidad de Buenos Aires

walter.koppmann@gmail.com

Fecha de recepción: 09/11/2017

Fecha de aprobación: 21/11/2017

A punto de cumplirse el centenario de la Revolución rusa de 1917, una de las gestas colectivas más impresionantes en la historia universal, *Tiempos rojos* renueva el afán por visitar esos procesos, poniendo el foco en el impacto y las derivas que implicó la insurrección bolchevique en la Argentina. En una apretada síntesis de poco más que 300 páginas, Hernán Camarero se sumerge en el mundo del movimiento obrero y las izquierdas durante aquel lustro crucial que va de 1917 a 1922, sin dudas el momento más excepcional del proceso soviético, considerando el derrumbe del imperio de los zares, los meses del “doble poder” de febrero a octubre, las primeras medidas de la revolución triunfante y la cruenta guerra civil. Como bien aclara el autor hacia el final, decidió analizar este breve período de forma deliberada, cuando la Revolución mostró su mayor dinamismo como experiencia de emancipación social.

De este modo, el trabajo comienza con un análisis sucinto pero riguroso de los principales antecedentes que jalonaron el camino hacia octubre de 1917 (en el viejo calendario juliano). En este punto, resulta acertado el comienzo del capítulo estudiando cuál fue el contexto que rodeó la conformación de la socialdemocracia rusa (POSDR) y su proceso de diferenciación interna, que Lenin acicateó con fuerza a partir de 1902 con la publicación del famoso folleto *Qué hacer* y sus debates contra el sector “fundador” del marxismo en Rusia (Plejanov, Axelrod y Zasulich); de estas confrontaciones surgiría la fracción bolchevique en el II congreso del POSDR, a mediados de 1903. Asimismo, los puentes que traza Camarero con las tendencias y posicionamientos que coexistían en una tensión permanente en el seno de la II Internacional producen el efecto indicado en el lector, al remitirlo a un plano de análisis global bastante común en la época, donde muchos hechos aparentemente inconexos tejían un sentido ideológico determinado y formaban corrientes de opinión a lo largo del mundo. En cierta medida, el autor prepara el terreno para abordar las peculiaridades nacionales aunque sin dejar de lado las propias especificidades de la política internacional del primer cuarto de siglo, resaltando antes bien los desarrollos nativos desiguales y combinados, tanto en el caso de Rusia como de la Argentina.

Sobre el telón de fondo de estos debates y el despliegue acelerado de una política imperialista por parte de las potencias centrales, hacia 1905 el proletariado del país de los zares aparecía como una fuerza social pujante en el medio de un mar de millones de campesinos que vivían en condiciones prácticamente feudales. Con su movilización, inauguró los debates en torno a la huelga política de masas y a una nueva forma de deliberación y autogobierno popular: los *soviets*. Al frente de la asamblea soviética de la capital San Petersburgo se encontraba Trotsky, cuyo rol también sería fundamental para la victoria de las jornadas de 1917. Si bien en sus memorias, el revolucionario ruso reconocería *a posteriori* que el único elemento insustituible para asegurar el éxito había sido la presencia de Lenin, resulta insoslayable su propia participación como organizador práctico de la insurrección.

En este plano, quizás el lector menos interiorizado en las vidas de los protagonistas de esta historia se queda con ganas de conocer un poco más sus trayectorias biográficas. Idéntica opinión merece la personalidad y la “clarividencia” política de Lenin, en particular en sus debates con la

dirección del partido bolchevique durante todo el proceso, donde sus diferencias y puntos de vista resultaron, con frecuencia, totalmente opuestos. Es cierto que el autor se esfuerza por llenar estas lagunas, apoyándose en una dinámica narrativa que permite llevar con soltura el texto. No obstante, sería pertinente la inclusión al final de la edición de un índice de nombres básicos, con sus respectivas referencias bibliográficas.

De forma global, *Tiempos rojos* expone una sugerente trama de acontecimientos históricos, pincelada con la vida de los militantes y con un sofisticado análisis sobre la estructuración de las organizaciones políticas de izquierda, logrando una ecuación equilibrada entre todos estos factores, lo cual es necesario en una publicación de este tipo, que apunta al público masivo y no sólo al campo académico. En este sentido, en el capítulo dos, Camarero reconstruye con una pedagogía efectiva los orígenes del movimiento obrero argentino y su relación compleja con las izquierdas hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Anarquistas, socialistas y los menos conocidos *sindicalistas* van pasando por las páginas del libro, iluminando aspectos de la historia nacional muchas veces incomprensidos o, mejor dicho, poco frecuentados por la historiografía oficial e incluso académica.

Así, se enlaza una mirada crítica sobre la década de 1900 (teñida por el carácter mayoritariamente extranjero de la mano de obra de aquel entonces y los esfuerzos del régimen oligárquico por ensanchar la base de dominio del estado nacional), pasando por el centenario de 1910 y las sangrientas luchas que lo envolvieron, para, finalmente, arribar al estudio del destacado ciclo huelguístico que tuvo lugar en la Argentina post-asunción del radicalismo, *circa* 1917-1921, tiempo mediado por las luchas, las huelgas y las crisis permanentes del régimen político y económico. En esta parte, se evidencia el dominio del autor tanto en lo que hace a la descripción analítica de la formación de los gremios, la participación de las corrientes y sus lugares en la historia como así también al visitar episodios “clásicos” como la “semana trágica” de enero de 1919, las huelgas patagónicas de 1921-1922 o la compleja interacción del radical Yrigoyen con el movimiento obrero.

Párrafo aparte merece el tratamiento que dedica Camarero a las relaciones bilaterales entre la naciente república de los soviets y la Argentina. En un costado muy poco estudiado y cono-

cido sobre los meses previos y posteriores a octubre de 1917, el historiador describe minuciosamente las idas y venidas en el vínculo entre ambas naciones, teñido por la guerra aunque también por la necesidad. De esta manera, se destaca el aporte original del autor también en oportunidad de relatar las trayectorias de los emigrados rusos en el país y su versatilidad para conformar la historia nacional y aquella parte que se refiere a las formaciones políticas de izquierdas. Se volverá sobre este punto en breve.

Si la edición de esta investigación abre una ventana al público no versado en el tema, facilitando su introducción en las preocupaciones, los nudos y las “verdades” historiográficas que han sido construidas dentro del campo de estudios del mundo laboral y las izquierdas en la Argentina, por otro lado, no es menos cierto que el presente trabajo apunta a solidificar una determinada visión sobre estos procesos, que ha sido alimentada durante los últimos años por destacadas contribuciones que el autor no deja de notar y citar. Desde esta perspectiva, los capítulos tres, cuatro y cinco cristalizan los principales avances que se han logrado en este tiempo en la esfera de las culturas políticas de izquierda, *raccontando* las experiencias del socialismo, los primeros pasos del comunismo y las variantes del anarquismo y el sindicalismo revolucionario, constituyéndose en una nueva herramienta para los investigadores y en una referencia ineludible, de aquí en adelante, para la historiografía de las izquierdas en el país.

Como bien es señalado en la introducción, los ecos de la Revolución rusa fueron muy distintos en los ámbitos obreros y populares y en la vanguardia cultural e intelectual. Con este objetivo, Camarero despliega un análisis pleno de colores y matices, que entrecruza voces de procedencia diversa, alzadas tanto en contra como a favor del hecho revolucionario. A propósito del Partido Socialista (PS), el capítulo tres sondea su reacción ante la guerra y cómo la presión estatal y social se tradujo en que la dirección del partido asumiera una postura probelicista, del lado del bloque aliado. En otro nivel, las tensiones ya existentes en el plano de la articulación entre lucha política (eminentemente en su faz parlamentaria) y lucha sindical (por lo general, plasmada en reivindicaciones que remitían al llamado “programa mínimo”) acabaron por delinear con mayor claridad los contornos de una corriente alternativa y emergente en el seno del propio partido que, apalancada por la intervención crecientemente influyente entre los trabajadores y crítica de la di-

rección del PS, se consolidaría al poco tiempo como el “protopartido” comunista de Argentina, el Partido Socialista Internacional (PSI), en 1918. Uno de los momentos más destacados de esta historia política de la corriente dirigida por Juan B. Justo es aquel que puntualiza las caracterizaciones sobre el proceso ruso (el gobierno provisional de febrero, el partido revolucionario, los soviets, el doble poder, el propio Lenin, entre otros tópicos), las cuales diagramaban la intervención cotidiana del partido y representan, por lo tanto, una significativa contribución al estudio del socialismo argentino.

Del mismo modo, son sustanciales los aportes en el campo de la historia del comunismo argentino (e incluso más, latinoamericano), transitando sin solución de continuidad desde la escisión del PSI a los primeros pasos de la dirigencia del futuro Partido Comunista (PC), deteniéndose en el medio a observar los ribetes que encierra el ingreso de los denominados “terceristas” a la naciente organización. El contenido decisivo del capítulo cuatro, por lo tanto, está dirigido a responder a los interrogantes en torno a cómo fueron y de qué manera se dieron los primeros contactos del “proto” PC con la dirigencia moscovita, en especial a partir de la creación de la III Internacional (Komintern), en 1919 y, dos años más tarde, con las veintiún condiciones fijadas en la llamada “Circular de Zinoviev”, donde se establecían los requisitos para ser admitido al concierto de partidos revolucionarios con eje en Rusia. El autor, en este punto, se vale de una serie de fuentes primarias muy poco conocidas, provenientes de archivos que hasta hace poco estaban clasificados, para dar cuenta del enmarañado proceso que precedió al ingreso del PC argentino a la Komintern, marcado por las coincidencias y los desencuentros entre la dirigencia criolla y los distintos emisarios-emigrados soviéticos quienes, en muchas ocasiones, actuaban en simultáneo entre ellos e, incluso, sin tener un conocimiento del país, su historia ni del idioma. Es muy interesante, en este apartado, el rescate de las figuras de Felix Weil o la de Ida Bondareff.

La superposición de agentes y el paso del tiempo sin resoluciones firmes sobre el caso de la seccional argentina signarían los primeros pasos organizativos del comunismo, embarcado en dos tareas estratégicas centrales que, aunque no de forma inmediata, al cabo de algunos años darían los resultados esperados. Por un lado, Ghioldi, Penelón y otros cuadros pioneros del PC se habían destacado por su lucha dentro del movimiento obrero y, por ende, los esfuerzos del partido se

guiaron hacia conquistar su dirección y la influencia de la corriente comunista entre los trabajadores, objetivo que no se logró hasta 1924 sino de forma parcial y dificultosa. Por el otro costado, las huestes argentinas (Ghioldi y Codovilla sobre todo) se dieron un trabajo sistemático de aparecer frente a los ojos de Moscú como el PC “ideal” para capitanear la estructuración comunista en América Latina y en particular en el cono Sur. Para ello, contaba con una destacada influencia sobre el PC uruguayo, que atestiguaba esta supuesta capacidad política.

El análisis del mapa de las fuerzas de izquierda se completa con los aportes del capítulo cinco sobre las vertientes “pro-Revolución rusa”, aparecidas tanto en el campo libertario como entre los *sindicalistas*. En el primer caso, con excepción de los “protestistas” encabezados por Abad de Santillán, quienes desde el comienzo se opusieron a la revolución bolchevique, el entusiasmo inicial de las agrupaciones ácratas fue enfriándose de modo más o menos rápido, al compás del deterioro de las relaciones propiamente dichas entre los revolucionarios soviéticos y los anarquistas rusos, signadas hacia 1918 por la desconfianza y, poco tiempo después, directamente por la violencia y el terrorismo. Sin embargo, Camarero recuerda la existencia de un tercer sector anarco-bolchevique, además de los protestitas y los “antorchartas”, referido con el diario *Bandera Roja* de Buenos Aires, las personas de García Thomas, Gonçalves, Silvetti y una corriente de opinión pro-unificación obrera, que condicionaría la puesta en pie de la Unión Sindical Argentina (USA), en 1922. Entre los *sindicalistas*, el autor recuenta los descubrimientos recientes que permiten afirmar la existencia de una efímera corriente organizada, de apoyo a la causa revolucionaria rusa y que pujaba por el ingreso de la USA a la Internacional Sindical Roja (ISR), conformando una agrupación propia denominada “Federación de Agrupaciones Sindicalistas”, entre otros nombres.

Finalmente, la última parte del capítulo cinco y el capítulo seis que cierra el volumen pueden ser considerados como un todo, al delimitar en una primera aproximación las resistencias y temores que infundió la Revolución entre las clases dominantes, la Iglesia y los dueños de los talleres y fábricas, erigiendo cuerpos paramilitares integrados por civiles y fuerzas represivas en defensa de la nación amenazada: la Liga Patriótica Argentina y la Asociación Nacional del Trabajo hacían su aparición en la historia para combatir el “complot judeo-bolchevique-maximalista”. Estas tendencias a frenar lo que se consideró desde esta óptica como una ofensiva de los sectores

asalariados sobre el capital tuvieron, en última instancia, su eficacia, con el ocaso del ciclo huelguístico que sobrevino con la derrota de la huelga marítima y el fallido intento de paro general de las centrales FORA V y FORA IX, en julio de 1921. La desarticulación de los organismos obreros y el retroceso de las pocas conquistas laborales obtenidas hasta el momento fue el signo de la nueva época que se abría con estas derrotas. Por último, el capítulo final transita parcialmente algunas de las derivas de los cuadros comunistas pioneros, en el contexto de un PC que, habiendo sido aceptado en la Komintern, reforzaba de arriba hacia abajo el control sobre sus militantes y se unificaba sobre el ascendiente excluyente de Ghioldi y Codovilla como articuladores. La nueva etapa planteada para la revolución mundial a partir de la muerte de Lenin en 1924 y de las gravosas derrotas sufridas por el movimiento obrero en Alemania (1923), Inglaterra (1926) y China (1927) determinaron los comienzos de la burocratización del estado soviético en manos del estalinismo. Junto con los casos de un joven Borges y de otros artistas y grupos de vanguardia deslumbrados por el aura revolucionaria que simbolizarían toda una época de la modernidad capitalista porteña, el libro cierra de forma casi abrupta, con una pregunta hacia el presente, un presente leído como la historia que discurre y se reaviva a través de su análisis.

En resumen, la nueva obra de Hernán Camarero constituye un aporte significativo a la renovación del campo de estudios sobre el movimiento obrero y las izquierdas en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Con la mirada posada en la historia política de las corrientes pero también en las trayectorias militantes y los acontecimientos históricos, el resultado es una publicación auspiciosa sobre el momento que está transitando la historiografía del mundo del trabajo en la actualidad. De conjunto, *Tiempos rojos* condensa, por un lado, el adecuado tratamiento de las fuentes primarias, didáctico y animado tanto para un lector principiante como para cualquiera más diestro en el oficio historiográfico y, del otro, un relato fluido y pródigo en nuevos enfoques sobre temas más o menos conocidos que, al final, suponen el replanteo básico sobre aquella pregunta que, por centenaria, no pierde ni su actualidad ni su eficacia en estos tiempos de crisis capitalista mundial: *¿Qué hacer?*